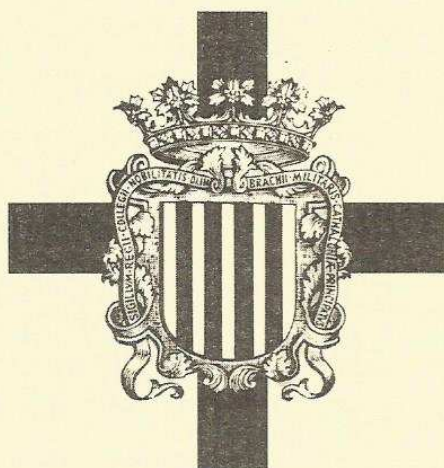


**LOS BORBONES  
DE NÁPOLES**  
**La Casa Real de las Dos Sicilias**

Conferencia pronunciada por  
RICARDO MATEOS Y SÁINZ DE MEDRANO  
en el Real Cuerpo de la Nobleza de Cataluña



Barcelona, 1 de abril de 2009



Ciclo de conferencias organizado por  
El Real Cuerpo de la Nobleza

## **Los Borbones de Nápoles. La Casa Real de las Dos Sicilias**

Varios siglos estuvieron las antiguas coronas de los reinos de Nápoles y de Sicilia unidas al complejo conglomerado de la Monarquía Hispánica, pues en el atardecer de la Edad Media el rey Pedro III de Aragón, propietario de la corona catalano-aragonesa, se hizo finalmente con las tierras sicilianas haciendo valer los derechos de su esposa, Constanza de Suabia, heredera de los Hohenstaufen, al tiempo que en el Renacimiento temprano su descendiente Alfonso V “el magnánimo”, también rey de Aragón, se hizo con la corona napolitana por conquista tras el fallecimiento de la reina Juana II. Así, ambos reinos cayeron finalmente, con pequeños interregnos de independencia, bajo la hegemonía de la casa de Trastámara, poseedora de la corona catalano-aragonesa, de la cual pasó a la Casa de Austria que durante dos siglos rigió el difícil caminar de la patrimonial Monarquía Hispánica. Durante doscientos años los Austrias reinaron en aquellas tierras de la Italia meridional, por donde pasaron personajes de la cultura hispana como el simpár Francisco de Quevedo. Sin embargo, el delicado equilibrio de poderes en Italia vino a trastocarse como consecuencia de la Guerra de Sucesión en España, pues por el tratado de Utrecht las dos coronas pasaron finalmente en 1714 a manos del emperador Carlos VI, hasta entonces pretendiente a la corona de España.

La pérdida de ambos reinos italianos supuso una honda herida para la monarquía española, que todavía durante aquellos años se negó



una y otra vez a tan fatal destino. Por ello, y gracias a las ambiciosas pretensiones dinásticas y al notorio temperamento de la princesa parmesana Isabel de Farnesio, segunda esposa de Felipe V, España volvería pronto a Italia en un intento de recuperar tan preciadas tierras. Doña Isabel, heredera de los Farnesio, y nieta de una princesa de la casa de Medicis, no dudó en hacer valer sus derechos sucesorios sobre el ducado de Parma y sobre el gran ducado de Toscana para poder sentar a dos de sus propios hijos en aquellos tronos. Como consecuencia de ello el joven infante don Carlos, hijo de los citados reyes de España, se hizo pronto con la soberanía del ducado de Parma hasta que, en 1734, sus tropas españolas consiguieron reconquistar primero Nápoles y más tarde Sicilia constituyéndose así en su favor una nueva doble corona napolitano-siciliana. La nueva situación en el mapa político italiano fue ratificada por el tratado de Viena de 1735, año en el que don Carlos abandonó el ducado de Parma a favor de su hermano el infante don Felipe, llevando a Nápoles consigo los muchos tesoros y obras de arte de los palacios de los Farnesio. Tres años más tarde el Papa añadió a sus títulos el más sonoro y nostálgico título honorífico de rey del inexistente reino de Jerusalén. Comenzó así el reinado ilustrado de Carlos VII, que convertido en gran patrono de las artes logró transformar Nápoles en una de las más refinadas y cultivadas capitales de la Europa del momento. Cerca de la capital napolitana mandó construir el bello palacio de Caserta, al que pronto unió el real sitio de Capodimonte, donde mandó instalar una importante fábrica de porcelanas émulas de las bellas porcelanas sajonas, y también erigió un teatro de la ópera. Durante su largo reinado de veinticuatro años, casó a su hija María Ludovica con el gran duque de Toscana y

gobernó sabiamente en compañía de su esposa, la princesa María Amalia de Sajonia, dejando una honda huella en aquellos reinos hasta que en 1759, con ocasión del fallecimiento de su medio hermano el rey Fernando VI de España, se vio llamado a suceder en la corona española. Abdicó entonces las coronas siciliana y napolitana en su tercer hijo el príncipe Fernando, porque su primogénito, el príncipe Felipe, estaba afectado de un notable retraso mental, y el segundo, Carlos, pasó a convertirse en príncipe de Asturias como heredero de la corona de España.

De este modo, con solo ocho años el rey niño Fernando IV de Nápoles y Sicilia quedó como soberano de ambos reinos bajo la tutoría de un consejo de regencia dirigido por Bernardo Tanucci hasta su mayoría de edad en 1767. Pero poco se ocupó Tanucci, a pesar de las muchas cartas que recibió del rey Carlos desde Madrid, de la educación del nuevo rey que creció con escasa cultura, apegado al dialecto napolitano, e interesado en poco más que la caza y la pesca. Apodado "*re Nasone*" por su notoria nariz borbónica, Fernando IV fue un soberano enormemente popular pero escasamente refinado y preparado para los turbulentos acontecimientos que pronto asolaron Europa como consecuencia de la Revolución Francesa de 1789. Sin embargo, su generosidad y sus formas fáciles y populacheras cuadraron siempre bien con el talante napolitano, hecho que siempre le granjeó el afecto de sus súbditos. Con diecisiete años contrajo matrimonio con la archiduquesa María Carolina de Austria, hija de la emperatriz María Teresa y hermana de la infausta reina María Antonieta de Francia, de quien el rudo Fernando se limitó a comentar a poco de conocerla: "*suda come un porco*". Pero fue justamente María Carolina quien propició



la recuperación de la cultura y del refinamiento en la corte napolitana gracias a su inteligencia y su vivacidad, y también al talante ilustrado de la corte vienesa en la que se había educada. Fernando y Maria Carolina construyeron un matrimonio bien avenido en el que las carencias de él eran suplidas por los atributos de ella, y ambos fueron padres de una prolífica familia de dieciocho hijos e hijas que fueron entrando por matrimonio en la práctica totalidad de las familias reales católicas del momento. Pero durante su reinado, y por influencia del ministro John Acton, un expatriado británico, la corona napolitano-siciliana fue poco a poco desprendiéndose de su vinculación española para caer bajo la órbita de influencia de la monarquía británica en un proceso que se consolidaría gracias de la íntima amistad de la reina María Carolina con Lady Hamilton. A ello colaboraron la afinidad de la reina María Carolina por los británicos y el notorio desprecio que ésta siempre sintió por su cuñada la reina María Luisa de España, consorte de Carlos IV.

Pero los ecos de la Revolución Francesa pronto llegaron a la tolerante corte napolitana donde la propia reina, atraída por las ideas masónicas, había facilitado la entrada de las nuevas ideas enciclopedistas a pesar de su odio a la nueva República Francesa, fundado en la atroz ejecución de su hermana la reina María Antonieta que durante años la perseguiría en sus sueños. Nápoles y Sicilia cayeron así en el bando de las coaliciones anti francesas con el apoyo británico del almirante Nelson que durante aquellos años fue el ángel custodio de la amplia familia real napolitano-siciliana. Sin embargo Nápoles no pudo oponer resistencia al avance de las tropas napoleónicas y la familia real se vio obligada a tomar refugio en Sicilia en 1798. Dos años más tarde,

en 1800, los Borbones regresaron a Nápoles pero solamente para sufrir un nuevo embate que los llevó a volver a Sicilia en 1806, donde la corte se instaló hasta el lejano fin de las hostilidades. Ese mismo año de 1806 el emperador Napoleón cedió la corona napolitana a su hermano José Bonaparte, que poco después fue sustituido en aquel trono por el general Joaquín Murat, esposo de Carolina Bonaparte. Así, solamente con la caída del Imperio Francés, en 1814, pudieron regresar definitivamente los Borbones a su trono transformándose la titularidad del reino que, por efecto de los tratados del Congreso de Viena, vino a llamarse desde entonces reino de las Dos Sicilias reinando Fernando con el ordinal de Fernando I. Ese mismo año fallecía en Viena la reina María Carolina pasando el soberano a segundas nupcias con su amante la duquesa de Florida, junto a quien pasó sus últimos años entre batidas de caza y otros divertimentos hasta su fallecimiento en 1825.

A pesar de las dificultades y de las huidas a Sicilia, Fernando y Maria Carolina habían conseguido colocar por matrimonio a varias de sus hijas en importantes tronos del momento pues María Teresa fue emperatriz de Austria-Hungría, Luisa gran duquesa de Toscana, Cristina reina de Cerdeña, Maria Amelia duquesa de Orleans y futura reina de Francia, y Antonieta había llegado a ser princesa de Asturias como primera esposa del futuro Fernando VII de España. Don Fernando fue sucedido en el trono por su primogénito, Francisco I, que ya contaba cuarenta y nueve años y que desde 1816 había ejercido el cargo de virrey de Sicilia. Aunque el reinado del nuevo soberano fue breve, tan solo de cinco años, tuvo tiempo en contraer dos matrimonios dejando una larga progenie tan característica de los prolíficos Borbones de las Dos Sicilias:



el primero con la archiduquesa Clementina de Austria, y el segundo con su prima hermana la infanta María Isabel de España, hija de Carlos IV y María Luisa de Parma. Poca fue la huella dejada por el grueso y pesado Francisco I cuyo reinado fue un interregno entre el de su padre y el de su hijo Fernando II. Llegó así Fernando II al poder en momentos de dificultad e inestabilidad en Europa, a pesar de ser él un monarca ilustrado, bonachón y benevolente que gustaba de pasearse por las calles de Nápoles con aspecto de burgués enriquecido y acompañado de su muy amplia familia. Muy querido por sus súbditos, se granjeó sin embargo el desprecio de grandes políticos de su tiempo como el británico Gladstone que llegó a decir de él que era *"la negación de Dios"*. Su reinado fue próspero y sacó parcialmente a Nápoles y a Sicilia de su secular atraso, pues fue el primer monarca italiano en mandar construir líneas férreas e incorporar el telégrafo eléctrico. Tanto es así que el influyente Sir Harold Acton llegó a afirmar que *"sin la interferencia extranjera el reino podría haber sido un país próspero y placentero"*. Pero una vez más los ecos de la Revolución llegaron a las puertas de Nápoles en 1848, pues el reino no podía permanecer al margen del creciente impulso del liberalismo que promovía gruesas críticas contra el rey mediante una prensa liberal hostigada desde Francia e Inglaterra cuyos turistas - pues visitar Nápoles y Sicilia se puso de moda en aquellos años entre las clases pudientes - consideraban aquellas tierras como un enclave de indolencia y de ignorancia representado por un rey tosco e iletrado.

Pero Sicilia, que había perdido autonomía como reino tras el Congreso de Viena, no participaba de forma tan activa de la prosperidad del reino y en 1848 se fraguó allí un movimiento revolucionario que



pronto llegó a Nápoles solicitando la redacción de una Constitución liberal. Se levantaron barricadas en la capital y, a pesar del horror del monarca por las matanzas y por la sangre, las tropas realistas terminaron bombardeando a los revolucionarios y a los barcos franceses y británicos estacionados en la bahía de Nápoles, hecho que sofocó el levantamiento pero que dejó fijado para siempre en la memoria local el apodo de “Rey Bomba” por el que el rey ha pasado a la historia. Aquella actuación tendría una honda repercusión futura pues ese sería el argumento utilizado desde entonces por Francia e Inglaterra para desprestigiar a los Borbones de las Dos Sicilias. Tras aquel mal paso, Fernando II aún reinó apaciblemente durante diez años más como monarca absoluto, pero su victoria sobre los liberales y los radicales no le sería perdonada. En el ámbito personal y familiar el rey fue un hombre feliz en sus dos matrimonios. Su primera esposa fue la piadosa princesa Maria Cristina de Saboya cuya bondad proverbial acabaría llevándola a los altares pues tras su temprana muerte se abrió un proceso de beatificación en su favor que la llevaría a ser declarada “Venerable” por la Santa Sede en 1937. Con ella fue padre de un único hijo, el tímido y frágil príncipe Francisco, y posteriormente pasó a segundas nupcias, en 1837, con la más determinada y firme archiduquesa María Teresa de Austria, hija de la rama más ultramontana y absolutista de la familia imperial de Austria-Hungría. Con ella fue padre de una larga progenie y construyó una amplia familia marcada por formas sencillas y burguesas. Los veranos los pasaban entre Ischia, Gaeta y el palacio de Quisisana, en Castellammare, y el resto del año trascurría entre los palacios reales de Caserta y de Capodimonte. La novelista sueca Fredrika Bremer, que conoció a la familia real en

Ischia en aquellos años, escribe: *“El rey tiene el aspecto de un matarife enriquecido, el semblante no es feo sino más bien lo contrario, pero está demasiado gordo. El rostro de la reina es aún joven y agradable pero con algo tan triste en su expresión que uno puede darse cuenta fácilmente de que el maravilloso sol de Italia no brilla para ella. Se dice de ella que no es de disposición alegre y feliz. Viste del modo más sencillo y su forma de saludar es graciosa. Los príncipes y las princesas son niños guapos y hay un gran número de ellos [...] El príncipe heredero tiene un rostro largo y apagado particularmente desagradable. Se dice que hasta el presente ha sido un gran beato pero se espera que el matrimonio produzca en él un cambio favorable. Dos de los principitos son niños de rostro hermoso que se parecen a su augusto papá”*.

La muerte del soberano, en 1859, dejó al reino sumido en la debilidad y en manos de un hijo sensible y acosado por los irredentos, liberales e intrigantes hermanos del difunto rey: el príncipe de Capua y el conde de Siracusa. Para entonces la familia real napolitano-siciliana era notablemente extensa y las muchas princesas habían continuado enlazando vínculos de sangre con todas las familia católicas de Europa: María Carolina era esposa del futuro heredero de la corona francesa, María Cristina había llegado a ejercer de reina gobernadora en España como viuda de Fernando VII, la tozuda Luisa Carlota también había contraído matrimonio con un infante de España haciendo muy notable su presencia en la corte de Madrid, Antonieta era gran duquesa de Toscana, Carolina había casado en el seno de la familia carlista española, y desde 1843 Teresa era emperatriz del Brasil como consorte del buen emperador don Pedro II. Ciertamente la real familia estaba bien establecida entre la



realeza católica reinante del momento pero, sin embargo, para cuando el joven, ultra católico, e inexperto Francisco II accedió al trono de las Dos Sicilias en aquel año de 1859 Italia se encontraba ya encendida por la pasión del nuevo *Risorgimento*, que aspiraba a la anhelada unificación de la península italiana bajo el único cetro de la Casa de Saboya. El liberalismo recorría la península desde el Trentino hasta Sicilia y el reino de Cerdeña, patrimonio de los Saboya, apoyado en la sagaz política del conde Camilo Benso Cavour y sustentado por las armas del ejército del joven Garibaldi, amenazaba con derribar todos los pequeños tronos italianos que hasta el momento habían sostenido las tradiciones y las culturas locales en Parma, en Toscana, en Modena, en los Estados Pontificios y en las Dos Sicilias, para hacerse con la hegemonía en la nueva Italia. Ya en 1857 un grupo de unionistas inspirados en la obra de Mazzini había desembarcado en Sicilia en un fracasado intento de levantar a la población en favor de una “*liberación del yugo de los Borbones*”, pero el viejo rey Fernando aún estaba en vida y la inevitable caída del reino de las Dos Sicilias pudo evitarse. Pero para cuando la gruesa crisis comenzó a cernirse de nuevo sobre aquellas tierras meridionales la corona había pasado definitivamente al vacilante y sensible Francisco II, al hijo de “la Santa”, y el futuro cercano se avecinaba apocalíptico.

A pesar de su notable inteligencia, y de su capacidad y su bondad, el nuevo rey tenía una disposición fatalista y hondamente religiosa, contaba con escasos apoyos, e incluso su madrastra, la reina María Teresa, conspiraba contra él por su deseo de colocar en el trono a su primogénito el conde de Trani. Sir Harold Acton, que tanto conoció a la familia real, describe al nuevo rey como el Hamlet napolitano y las

memorias y las crónicas de la época lo retratan como un voluntarioso seminarista vestido de soldado, con ojos melancólicos, rostro pálido y cierto tartamudeo que le hacían pasar por incapaz y por cobarde. Unos meses antes del fallecimiento de su padre había contraído matrimonio con la bella duquesa María Sofía en Baviera, hermana de la emperatriz Isabel de Austria, pero el apoyo del Imperio Austro-Húngaro no podría ya llegar a impedir la próxima invasión de Nápoles y de Sicilia por parte de las tropas de Garibaldi. El rey aún intentó pactar con el rey Víctor Manuel de Cerdeña, bajo cuya bandera guerreaba Garibaldi en aquellos años del *Risorgimento*, pero la propia reina María Teresa se opuso a aquel acuerdo dando con ello el golpe de gracia a la ya frágil monarquía napolitana. Como escribe Acton: *“Entre las intrigas de fondo de su propia familia y las del partido piemontés, entre sus sospechas con relación a napoleón III, sus miedos de los intereses británicos en Sicilia, y la marea creciente de las ideas unificadoras, que estaba engrosaba por aquella clase que debía sus riquezas a la destrucción del viejo feudalismo por parte de los Borbones, el rey Francisco no era el más feliz de los mortales. La propaganda contra su dinastía estaba afilada por las burlas, y era bastante sencillo desacreditar a aquel joven tan poco atractivo. Su abuelo había sido apodado “Nasone”, su padre “Bomba”, y a él le fueron dados los apelativos de “Bombino” o “Francischiello”, que sonaban tan patéticos como absurdos”*.

En ese estado de cosas, en 1860 las tropas piemontesas de Garibaldi y la sagaz política del rey de Cerdeña y de su primer ministro el conde Cavour, apoyados por el emperador francés Napoleón III, dieron al traste con el reino de los Borbones en la Italia meridional. En sólo



unos meses ambos reinos quedaron anexionados a la “nueva Italia” y, mientras la reina Teresa y sus hijos menores corrieron a refugiarse en la ciudad de Abano, el rey, su esposa, y sus hermanos los condes de Trani, Girgenti y Caserta se hicieron fuertes en la ciudad de Gaeta. Por aquellos días la princesa heredera de Prusia, princesa Victoria de la Gran Bretaña, que visitó a la reina Teresa escribía sobre ella y sobre el joven soberano: *“Ella no es atractiva y estaba rodeada por niños pálidos y de aspecto delicado de todas las edades [...] El rey es un hombre muy asustado, tartamudea y cuando habla guiña los ojos. Intentó ser tan correcto y tan amable como pudo, y tiene realmente una expresión de buena naturaleza, pero eso es todo cuanto puedo decir de él. La vieja Reina parece, sin lugar a dudas, una mujer malhumorada”*.

El sitio de Gaeta, que ha pasado a la historia como heroico, dio la medida de la valentía de este último rey borbónico de las Dos Sicilias, que no dudó en pasar las mayores privaciones en la defensa del trono de sus ancestros y de los principios morales y religiosos que siempre guiaron su vida. Pero Gaeta cayó finalmente el 13 de febrero de 1861 entre lágrimas y tristezas y los apesadumbrados monarcas tomaron refugio en el Palacio Farnesio de Roma, que era de sus propiedad como herencia de los Farnesio, bajo la protección del Papa Pío IX. En 1867 fallecía en Abano la anciana reina María Teresa víctima de una epidemia de cólera y todavía en 1868 la reina Isabel II de España arregló el matrimonio del conde de Girgenti, medio hermano del rey, con la infanta española doña Isabel como muestra de apoyo a sus primos napolitanos. Pero aquello no pasó de ser un buen gesto pues la definitiva caída de los Estados Pontificios, en 1870, dio carpetazo final a la presencia en Italia

de los Dos Sicilias que, escasos de bienes, en tan solo unos meses se dispersaron por Francia, Austria-Hungría y Baviera. Aún les quedaban algunas posesiones en Roma heredadas de sus antepasados Farnesio - el palacio Farnesio, la Villa Farnesia, la Villa Madama y el palacio Caprarola - pero la generosidad del rey para con sus fieles pronto liquidó el grueso de aquella fortuna. Las compensaciones otorgadas por el nuevo reino de Italia fueron muy escasas y los reyes, que perdieron a su única hija en la infancia temprana, terminaron retirándose a París mientras toda Europa se hacía lenguas de los amores de María Sofía con un oficial belga con el que posiblemente fue madre de dos hijas gemelas.

Tras tan enorme descalabro los distintos príncipes napolitanos intentaron buscar asentamientos propios de su rango a la sombra de las monarquías católicas que se mantenían en pie. El joven conde de Trani, casado con la duquesa Matilde en Baviera, hermana de la reina María Sofía, buscó refugio en el imperio austro-húngaro junto a los ricos parientes de su madre la reina Teresa, pero la suya también fue una existencia infausta con un matrimonio infeliz que acabó llevándole al suicidio en París en 1886. Y su tercer hermano, el conde de Girgenti, exiliado de España tras la revolución de 1868 que acabó con el trono de su suegra la reina Isabel II, buscó refugio en compañía de su esposa en Francia y en Suiza donde él, epiléptico de nacimiento, también concluyó sus días suicidándose en Lucerna en 1871. Sólo el segundo hijo de la reina María Teresa, el príncipe Alfonso, conde de Caserta, conseguiría sacar adelante su vida convirtiéndose en el futuro heredero de su medio hermano Francisco II. En cuanto a sus hermanas, todas consiguieron casar en el seno de la realeza católica:



Maria Annunziata con el archiduque Carlos Luís de Austria, hermano del emperador Francisco José I, Maria Inmaculada con el archiduque Carlos Salvador de Toscana, María Pía con el también depuesto duque Roberto I de Parma, y María Luisa con el príncipe Enrique de Parma, hermano del anterior. Y todavía quedaban algunos de los viejos tíos de generaciones previas: el conde de Aquila, esposo de la princesa Januaria del Brasil; y el conde de Trapani, que alcanzó a contraer matrimonio con su propia sobrina la archiduquesa Isabel de Toscana. Poco a poco se iban desvaneciendo las glorias y las riquezas del pasado.

El solitario rey Francisco II vivió el resto de sus días entre Francia, Austria y Baviera terminando su vida en el Tirol en 1894. Su esposa María Sofía, conocida desde 1861 como “la heroína de Gaeta”, e inspiradora de uno de los personajes de la obra de Marcel Proust en su libro *“La prisonnière”*, aún le sobrevivió muchos años falleciendo en su Baviera natal en 1925. Poco había dejado el rey Francisco que, tras la caída de su trono, había liquidado el grueso de sus numerosos bienes inmuebles en Roma que procedían de la cuantiosa herencia de los Farnesio. En 1874 había vendido al estado francés el bello Palacio Farnesio – ahora embajada de Francia en Roma - y por aquellas misma fechas había regalado el más pequeño palacio conocido como Villa Farnesina al español marqués de Lema, por entonces amante de su cuñada la condesa de Trani. Así lo poco restante de los bienes de los Dos Sicilias – fundamentalmente la Villa Madama de Roma y el Palacio Caprarola - se dividió a la muerte del soberano pasando la mayor parte a ser propiedad de su medio hermano y heredero, el príncipe Alfonso, el citado conde de Caserta, que desde 1868 estaba casado con su prima hermana

la princesa Antonietta de las Dos Sicilias, hija de los condes de Trapani.

Alfonso Caserta, ahora nuevo jefe de la Casa Real, había nacido en el palacio real de Caserta en 1841, se había batido valientemente como capitán general de artillería en el sitio de Gaeta en 1861, y posteriormente había luchado en Roma defendiendo los Estados Pontificios como coronel de zuavos de la guardia pontificia. El 3 de noviembre de 1867 se había distinguido en la batalla de Mentana y, tras la caída de la *Porta Pia* romana en 1870, había abandonado definitivamente el Palacio Farnesio e Italia el 23 de septiembre de ese año. Todavía joven y con deseo de labrarse una carrera militar se instaló por poco tiempo en la localidad tiroleza de Gries, desde donde luego se trasladó por poco tiempo a Auiza, y poco más tarde entró a formar parte del ejército carlista español en las filas de su primo el pretendiente don Carlos (VII) cuyas tropas entraron en España en 1874 con el comienzo de la tercera guerra carlista. Don Carlos le nombró general y jefe de estado mayor de su ejército y Caserta se distinguió en el intento de toma de la ciudad de Cuenca y en las batallas de Pamplona y San Sebastián. Pero concluido fatalmente el conflicto en 1876 se retiró de la vida militar activa instalándose de forma permanente en Francia. Allí había adquirido en Cannes, en 1873, la “Villa Coquette” que un año después trocó por otra más fastuosa residencia, también en Cannes, llamada “Villa Marie Thérèse en honor de su madre la reina Teresa, donde durante largos años asentó su pequeña corte. Los Caserta eran notablemente piadosos y religiosos, y eran muy respetados por sus pares si bien la reina Sofía de Holanda, a su paso por Cannes en 1876, escribía sobre la condesa Antonietta: *“Aquí hay una pobre princesa napolitana, la condesa de Caserta. Tiene veinticuatro*



*años, seis hijos y su marido luchando con don Carlos. Cuando tenía nueve años su padre, tío del actual rey de Nápoles, fue exiliado junto con el rey y desde entonces el exilio ha marcado su vida. Es pobre y parece poco inteligente con esa mirada fija típica de los Borbones, pero hay algo de sumisión calmada en las formas de esa mujercita que me emociona".* Y el príncipe Miguel Radziwill recuerda en sus memorias: *"En el exilio el conde de Caserta había establecido un hogar familiar para esa rama de los Borbones en la Villa Marie Thérèse en Cannes. De niño recuerdo esa casa en la que el protocolo real era estrictamente aplicado, así como el sobrecogimiento cuando los archiduques austriacos, los reyes y los gobernantes de los pequeños reinos y principados alemanes llegaban para presentar sus respetos al anciano conde"*.

A pesar de sus exiguos medios y de su débil posición política en el concierto europeo, Alfonso di Borbones renovó la protesta familiar contra la anexión del reino de las Dos Sicilias por parte del reino de Italia en un documento fechado en Munich el 15 de enero de 1895, y decidió conservar para sí el título de conde de Caserta. Él y su esposa se esforzaron en dar una formación sólida y profundamente católica a su larga progenie de cuatro hijas y ocho hijos varones, uno de los cuales, Franceso di Paola, falleció en la infancia. El estado italiano no atendía a su demanda de devolución de sus bienes patrimoniales, y por ello la familia puso su mirada en España donde, desde 1885, reinaba como regente del reino la archiduquesa María Cristina, prima carnal del pretendiente napolitano. Así, gracias a los buenos oficios de la soberana española los príncipes napolitanos fueron siendo acogidos familiarmente en la corte de Madrid con vistas a labrarse un futuro en el ejército español y en la

vida social internacional. Sincrónicamente la condesa Antonietta movió los hilos en las cortes europeas para encontrar buenos matrimonios para sus hijas, tres de las cuales, Maria Inmaculada, Maria Cristina y Maria Pia, se casaron respectivamente con el príncipe Juan Jorge de Sajonia, el archiduque Pedro Fernando de Austria-Toscana, y el príncipe brasileño Luís de Orleans-Braganza. En España “los Caserta”, como los jóvenes príncipes napolitanos fueron siempre conocidos por los Borbones de Madrid, hicieron buenas carreras en el ejército y la marina e hicieron de referentes masculinos del reyecito don Alfonso XIII que siempre los consideró prácticamente como hermanos. Los mayores, Fernando y Carlos, se batieron valientemente en la guerra de Cuba; Genaro entró en la academia de marina; y Rainiero, Felipe, Francisco de Asis y Gabriel se incorporaron al ejército como húsares y en las armas de caballería y artillería. El mayor de entre ellos, Ferdinando, titulado duque de Calabria en su calidad de heredero, contrajo matrimonio de rango igual en 1897 con la princesa María de Baviera, sobrina carnal de la reina de España y nieta del príncipe regente Leopoldo de Baviera. En cuanto al segundo, Carlos, se habló de casarlo con la princesa Clementina de Bélgica, hija del rey Leopoldo II, y con la archiduquesa Isabel, nieta del emperador Francisco José de Austria, pero ambos proyectos matrimoniales se vieron frustrados. Pocos años más tarde, 1901, el conde de Caserta y la reina regente de España pactaron su matrimonio con la princesa de Asturias, doña Maria de las Mercedes, un proyecto que contó con una notable oposición política por parte de los liberales españoles que se manifestaron claramente contrarios al enlace de la heredera del trono con el hijo de un viejo general carlista de reconocidas posiciones con-



servadoras. Sin embargo aquel matrimonio se llevó finalmente a cabo por querer la soberana española dejar asegurada en la casa de Borbón la sucesión española caso de acontecer la muerte inesperada del todavía rey niño Alfonso XIII. Así, el ahora príncipe de Asturias consorte se vio obligado a renunciar a su herencia napolitana y a sus eventuales derechos a la sucesión de la casa real de las Dos Sicilias por un documento firmado en la ciudad de Cannes el 14 de diciembre de 1900, que años después habría de ser causa de un enorme conflicto familiar. Pero, como el propio Caserta escribía a la regente de España por aquellas fechas: *“Es muy natural que mi hijo se convierta en príncipe español y, por tanto, sujeto a las leyes y las constituciones españolas y de la Casa Real de España. De ello sigue que su primogenitura será española en todos sus derechos y deberes, lo cual casa con la justa idea que Vos habéis expuesto de que el príncipe tenga una política claramente determinada tanto frente a los españoles como frente a los napolitanos”*.

La fidelidad de los príncipes napolitanos a la monarquía española siempre fue incuestionable y todos ellos fueron eventualmente premiados por sus numerosos servicios a la corona recibiendo la prestigiosa Orden del Toisón de Oro y otras importantes órdenes dinásticas acordes a su rango. Con el paso del tiempo Fernando sería teniente coronel de estado mayor y propietario del VI regimiento de artillería de campaña participando en la campaña de Marruecos. Genaro, que sería naturalizado español en 1924, sirvió en la marina y fue capitán de corbeta. Rainiero, que se naturalizó francés en 1904, sería capitán honorario de la escuela de equitación militar y capitán honorario del XIX regimiento de caballería de Húsares de la Princesa. Felipe sería, hasta la

caída de la monarquía española en 1931, capitán del XIX regimiento de Húsares de la Princesa. Francisco de Asis también sirvió en el ejército español pero fallecería joven de tuberculosis en 1914. El menor, Gabriele, se naturalizaría español en 1920 y sería capitán del VI regimiento de lanceros. Y, con rango superior a todos ellos, el consorte de la princesa de Asturias, combatiría como coronel en Marruecos en 1909, en 1927 sería promovido al cargo de capitán general del ejército, sería coronel honorario del X regimiento de caballería del regimiento de Húsares de la Princesa, y desde 1930 también inspector general del ejército. Así mismo en 1921 el rey delegaría en él la capitanía general de Andalucía, y en 1930 la de Cataluña. Viudo desde 1904 por el temprano fallecimiento de la princesa de Asturias, en 1907 contraería segundas nupcias con la princesa Luisa de Orleans con quien sería padre de cuatro hijos que vendrían a unirse a los dos ya nacidos de su primer matrimonio.

En 1911 el conde de Caserta se vio obligado a desprenderse por venta de la Villa Madama de Roma, y todavía en 1926 tuvo que vender la Villa Marie Thérèse por no poder hacerse cargo de los gastos de su mantenimiento, adquiriendo entonces una segunda villa del mismo nombre, aunque más pequeña, situada en la carretera de Antibes a Cannes. Allí residió en compañía de su esposa y de su hija soltera, la princesa María Josefa, hasta su fallecimiento en 1934. Hasta su muerte se había mantenido fiel a las leyes dinásticas familiares, aunque haciendo algunas concesiones necesarias fruto de las nuevas circunstancias que las familias reales destronadas tuvieron que ir encarando con el paso de los años. Así, en 1922 concedió a su hijo Genaro el título de conde de Villa Colli con ocasión del matrimonio morganático de éste con la británica



Beatrice Bordessa. Por otra parte aceptó como de rango igual los matrimonios de sus hijos Rainiero y Gabriel con la condesa Cecilia Zamoyska (hija de una princesa de las Dos Sicilias) y con la princesa Margarita Czartoryska (nieta de una princesa de Orleans), respectivamente, hijas de dos de las mejores y más antiguas familias de la nobleza polaca, pero no pertenecientes al restringido círculo de familias reales y familias mediatizadas del Imperio. Dado que su primogénito el duque de Calabria, llamado a sucederle, carecía de hijos varones y que su segundogénito, el infante don Carlos, había pasado a ser ciudadano español y miembro de pleno derecho de la Casa Real de España quedando apartado de la sucesión napolitana, el viejo Caserta falleció en la idea de que, en un futuro, la jefatura de la Casa Real de las Dos Sicilias habría de recaer, eventualmente, en su siguiente hijo varón, el príncipe Rainiero y en la descendencia de éste. El viejo Alfonso Caserta fue inhumado en el cementerio de Grand Jas, en Cannes, y su viuda, la princesa Antonietta, aún le sobrevivió hasta 1938 cuando falleció en la ciudad alemana de Friburgo durante una visita a su hija la princesa María Inmaculada de Sajonia.

Tras la muerte de la condesa de Caserta la segunda Villa Marie Thérèse fue vendida habiendo ya pasado la jefatura de la Casa Real a su hijo mayor, Fernando, que conservó para sí el título de duque de Calabria. Este nuevo rey *de iure* de las Dos Sicilias, nacido en el Palacio Farnesio aquel aciago año de 1870, era un hombre bueno y sencillo que siempre contó con el apoyo de su tía la reina María Cristina de España, que desde 1903 le aseguró una pensión económica que en 1929, después del fallecimiento de la soberana, le confirmó el propio rey Alfonso XIII. Tras la caída de la monarquía española buscó refugio

en la Baviera natal de su esposa, la princesa María, estableciéndose ambos en la modesta Villa Amsee, en la villa bávara de Lindau, a orillas del lago Constanza. Padre de cuatro hijas, las princesas Maria Antonietta, Maria Cristina, Bárbara y Lucia, y de un único hijo varón, el príncipe Ruggiero, fallecido en la infancia, siguió puntualmente la política dinástica de su padre considerando como heredero de la dinastía a su siguiente hermano, el príncipe Rainiero. En 1938 le cupo la alegría de poner las bases de una reconciliación entre su familia y la casa real italiana, con ocasión del matrimonio de su hija la princesa Lucia con el príncipe Eugenio de Saboya, duque de Ancona, en una ceremonia celebrada en el palacio de Nymphenburg, en Munich, que contó con la presencia del príncipe heredero Humberto de Italia. Su esposa la duquesa María falleció en Lindau en 1954 y él aún le sobrevivió unos años muriendo en la misma ciudad el 7 de enero de 1960.

El fallecimiento del duque de Calabria, jefe siempre indiscutido de la familia real napolitano-siciliana, abrió sin embargo un largo y doloroso conflicto dinástico en el seno de los Borbones de Nápoles que aún continúa generando una enorme polémica en nuestros días. Si hasta entonces la amplia familia de los condes de Caserta se había mantenido íntimamente unida por fuertes lazos de afecto y de cordialidad, en ese enero de 1960 dos príncipes distintos se llamaron a la parte como sucesores del duque de Calabria en la jefatura de la familia real. Por una parte, su hermano el citado príncipe Rainiero, hasta entonces considerado como sucesor legítimo por parte del grueso de los miembros de la familia, que se proclamó jefe de la casa con el título de duque de Castro. Por la otra, su sobrino el infante don Alfonso de Borbón,



hijo primogénito del infante don Carlos, por entonces ya fallecido, y de su primera esposa la princesa de Asturias. El infante don Alfonso, considerando que en 1960 la sucesión en la casa de España ya estaba suficientemente provista y entendiendo, por tanto, que la renuncia de su padre a la sucesión napolitano-siciliana había quedado sin efecto, además de estar viciada en su redacción original, se opuso a las pretensiones de su tío Rainiero asumiendo el título de duque de Calabria y conservando la posibilidad de uso del título de conde de Caserta por decreto del 7 de febrero de ese año, ratificado después por cartas patentes del 17 de marzo. Este enfrentamiento entre tío y sobrino dividió completamente a los Borbones de las Dos Sicilias generando mucho malestar y mucho pesar entre los miembros de la familia, que se dividieron en sus fidelidades a favor de uno u otro bando. Así, las hijas del viejo duque de Calabria, el príncipe Gabriel y sus hijos, y las princesas María y Dolores de Borbón, hijas del infante don Carlos, apoyaron al príncipe Rainiero; por su parte, el infante don Alfonso contó con el importante apoyo de su cuñado el conde de Barcelona y de su medio hermana la princesa doña Esperanza de Borbón, por entonces ya casada con el príncipe don Pedro de Orleans-Braganza, pretendiente al trono imperial del Brasil. Corrieron ríos de tinta, ambos bandos expusieron largamente sus argumentaciones en pro y en contra de la histórica renuncia del infante don Carlos a la sucesión napolitano-siciliana en 1900, pero no pudo llegarse a acuerdo ninguno enconándose las posiciones y rompiéndose para siempre la armonía familiar que los condes de Caserta siempre habían mantenido entre sus numerosos hijos y nietos.

El príncipe Rainiero había tenido dos hijos, Fernando y Carmen,

de su matrimonio con la condesa Carolina Zamoyska y se había establecido en su propiedad llamada "Domaine de la Combe" en la localidad de Roquebrune-sur-Argens, cerca de Cannes. En cuanto al infante don Alfonso, había contraído matrimonio de rango igual en 1936 con su prima la princesa Alicia de Parma, se había establecido en España y en su calidad de jefe de la familia real, ahora concedió a sus hijas, las princesas Teresa e Inés, los títulos de duquesa de Salerno y duquesa de Siracusa, respectivamente, pero solo pudo ejercer la jefatura de la casa durante cuatro años pues falleció en Madrid en 1964 siendo enterrado en el panteón de infantes del monasterio de El Escorial por su condición de infante español. En ese mismo año su pretensión a la jefatura de la casa real fue retomada por su único hijo, el príncipe don Carlos, por entonces ya casado en matrimonio de rango igual con la princesa Ana de Orleans, hija de los condes de París. Una vez más la sucesión de éste don Carlos no fue reconocida por su ya anciano tío abuelo el príncipe Rainiero, que continuó reclamando su derechos desde Francia. En ese estado de cosas, y con las relaciones familiares congeladas entre ambas ramas, el príncipe Rainiero, viudo desde 1968, falleció en su finca francesa el 13 de enero de 1973. Inmediatamente, sus derechos a la controvertida jefatura de la casa fueron retomados por su único hijo varón, el príncipe Fernando, nacido en 1926, que tomó para sí el título de duque de Castro. Y ahora desde Madrid, residencia del príncipe don Carlos, se renovaron las protestas contra esa pretensión del hijo del príncipe Rainiero, sobre quien, además, pesaban serias dudas en relación a la igualdad o desigualdad de su matrimonio con Chantal de Chevron-Villette, hija de una vieja familia de la nobleza francesa. Ciertamente



el matrimonio del príncipe Fernando con la citada Chantal de Chevron-Villette, celebrado en 1949, no era igual de partida y así lo había hecho constar en su momento el viejo duque de Calabria por carta fechada en diciembre de 1950, en la que aludía de forma clara a la cuestión confiriendo a la esposa del príncipe el título de princesa con el simple calificativo de Alteza. Sin embargo, en fechas posteriores el mismo duque de Calabria la elevó al rango de Alteza Real, hecho interpretado por el príncipe Fernando como un reconocimiento *de facto* de la igualdad de su matrimonio que quedaba así legitimado en términos dinásticos.

Durante largos años continuó el enfrentamiento entre Madrid, residencia del príncipe don Carlos, auto titulado duque de Calabria, y Roquebrune-sur-Argens, residencia del príncipe Fernando, auto titulado duque de Castro, sin asomo de posible reconciliación capaz de unificar a una familia tristemente escindida. Tampoco cambiaron las posiciones de los miembros de la siguiente generación de príncipes de las Dos Sicilias, con las princesas Urraca y Lucia (hijas del viejo duque de Calabria), los príncipes Antonio, Casimiro, Giovanni, Margarita e Inmaculada (hijos del príncipe Gabriel), y las princesas María y Dolores de Borbón (hijas del viejo infante don Carlos), apoyando a los duques de Castro; y con don Juan de Borbón (conde de Barcelona) y la princesa Esperanza de Borbón, apoyando a los duques de Calabria. A momentos se habló de posibles acuerdos dinásticos capaces de buscar una solución arbitrada, e incluso se intentó buscar la mediación del rey don Juan Carlos de España, que si bien nunca dejó clara una posición en relación con este conflicto dinástico que le es tan cercano familiarmente, en 1994 confirió a su primo hermano don Carlos el título de Infante (de Gracia) de España.

En 2008 falleció el príncipe Fernando, duque de Castro pasando su hijo Carlo, hasta entonces titulado duque de Calabria por su padre, a retomar los derechos paternos y a asumir el título de duque de Castro. Para entonces el nuevo pretendiente de esta rama ya había contraído un matrimonio claramente desigual según las viejas leyes dinásticas pero netamente reconocido por su padre, con la italiana Camilla Crociani, con quien en la actualidad es padre de dos hijas. Entre tanto, en Madrid, el único hijo varón del infante don Carlos, el príncipe Pedro, titulado por su padre duque de Noto, es a día de hoy ya padre de cinco hijos en su matrimonio, también claramente desigual según las viejas leyes dinásticas pero asimismo reconocido por su propio padre, con la española Sofía Landaluce Melgarejo, descendiente de los duques de San Fernando de Quiroga. Las cosas, desgraciadamente, no han cambiado en los últimos para lamento de todos aquellos que aprecian y apreciamos a los Borbones de las Dos Sicilias, que tanta huella han dejado en la historia de Italia y también de España. Y todavía en 2009 dos primos en segundo grado, el infante don Carlos, y el príncipe Carlo, continúan disputándose la jefatura de la Casa Real del ya hace tan largo tiempo inexistente reino de las Dos Sicilias, así como del gran maestrazgo de las órdenes dinásticas, que los dos confieren generosamente a ambos lados del Mediterráneo. Triste presente de una familia depositaria de tan nutridas gestas históricas y de la que descienden las familias reinantes de España, Bélgica, Luxemburgo y Liechtenstein.



